

Si Dios es bueno, ¿por qué ocurren tantas cosas malas y dolorosas? ¿Por qué permite que haya enfermedades, guerras, niños que sufren, catástrofes naturales?

La existencia del mal, a primera vista, parece incompatible con la existencia de un Dios infinitamente bueno y sabio. No pocas personas, al plantearse este problema y no encontrar respuesta fácil o convincente –o que cuadre con sus ideas–, optan por negar la existencia de Dios o, al menos, su bondad y sabiduría. Pero de ese modo no responden a la cuestión, sino que más bien renuncian a profundizar en ella por no encontrar el camino adecuado.

La respuesta a la cuestión del mal no es simple. En realidad, como afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*, «el conjunto de la fe cristiana constituye la respuesta a esta pregunta (...). *No hay un rasgo del mensaje cristiano que no sea en parte una respuesta a la cuestión del mal*» (n. 309).

Esto implica, entre otras cosas, que no pretendo resolver el problema en esta página. Sin embargo, a lo mejor puede ser útil que intente indicar el camino por el que la doctrina de la Iglesia nos invita a hacer un planteamiento adecuado de esta cuestión, para buscar una respuesta verdadera.

Ante todo, es necesario distinguir dos

tipos de mal: el físico y el moral. Una enfermedad o una catástrofe natural son males físicos. El mal moral es el pecado: una acción contraria a la ley de Dios y realizada libremente.

Respecto al mal físico, pueden darnos una primera luz las siguientes palabras del *Catecismo de la Iglesia Católica*:

«Pero ¿por qué Dios no creó un mundo tan perfecto que en él no pudiera existir ningún mal? En su poder infinito, Dios podría siempre crear algo mejor (...). Sin embargo, en su sabiduría y bondad infinitas, Dios quiso libremente crear un mundo “en estado de vía” hacia su perfección última. Este devenir trae consigo en el diseño de Dios, junto con la aparición de ciertos seres, la desaparición de otros; junto con lo más perfecto lo menos perfecto; junto con las construcciones de la naturaleza también las destrucciones. Por tanto, con el bien físico existe también *el mal físico*, mientras la creación no haya alcanzado su perfección (...).» (n. 310).

En cuanto al mal moral, hay que decir que es incomparablemente más grave que

el mal físico. La persona que comete un pecado grave, que constituye una ofensa a Dios, se inflige a sí misma el mayor de los daños. Y su acción tiene además consecuencias negativas, a veces muy graves, en otras personas.

Ahora bien, Dios no es autor de este mal de ninguna manera, ni directa ni indirectamente. Él nos crea con inteligencia y libertad para que respondamos libremente a su amor con el nuestro. La respuesta de nuestros primeros padres fue de desobediencia y orgullo, no de amor. Y con el primer pecado entró en el mundo el mal moral. Aunque Dios no es causa de este mal, «lo permite, respetando la libertad de su criatura, y, misteriosamente, sabe sacar de él el bien» (*Ibidem*, 311).

Hay unas palabras de san Agustín, citadas en el mismo número del *Catecismo*, que pueden aplicarse tanto al mal físico como al moral y que nos ofrecen una primera seguridad, si nos apoyamos en la fe: «Dios todopoderoso [...] por ser soberanamente bueno, no permitiría jamás que en sus obras existiera algún mal, si Él no fuera suficientemente poderoso y bueno para hacer surgir un bien del mismo mal».

De hecho, «del mayor mal moral que ha sido cometido jamás, el rechazo y la muerte del Hijo de Dios, causado por los pecados de todos los hombres, Dios, por la superabundancia de su gracia (cfr. *Carta a los Romanos* 5, 20), sacó el mayor de los bienes: la glorificación de Cristo y nuestra Redención. Sin embargo, no por esto el mal se convierte en un bien» (*Ibidem*, 312).

«No por esto el mal se convierte en un

bien»: sigue siendo un mal. Parece claro que el problema del sufrimiento es un misterio al que debemos enfrentarnos con humildad. Cuando decimos que «si Dios fuera sabio y bueno, no debería permitir tal cosa o tal otra», ¿qué queremos decir, en realidad? ¿Tal vez que somos más sabios que Él? ¿Que tenemos un corazón más grande que el suyo? ¿Qué nos importan las personas más que a Él? ¿Qué nuestra perspectiva es más amplia y completa?...

Hemos de reconocer nuestra ignorancia. Pero, al mismo tiempo, «sabemos –así: *sabemos*, porque Él nos lo asegura– que todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios» (*Carta a los Romanos* 8, 28). San Josemaría, sintetizando esas palabras de san Pablo, repetía con convicción: *omnia in bonum!*, ¡todo es para bien!

No sabemos qué bienes sacará de nuestros sufrimientos, ni cómo lo hará. Hay que esperar al final para saber cómo acaba una historia. En todo caso, no tenemos motivos para desconfiar de su sabiduría y de su bondad para cada uno de sus hijos. Más bien lo contrario, si consideramos cómo el Hijo de Dios, Jesucristo, el único que es absolutamente Santo e Inocente, se ha entregado con toda libertad al sufrimiento y a la muerte por nosotros, obedeciendo a la voluntad del Padre.

Decía Paul Claudel que, en Cristo, Dios no ha venido a suprimir el dolor. Ni siquiera a explicarlo. Ha venido a llenarlo de su presencia. Ya nunca podremos decirle: «¡Tú no sabes lo que es sufrir!».

Y en el *Catecismo de la Iglesia Católica* se citan tres testimonios de santos que – junto

46

Si Dios es bueno, ¿por qué ocurren tantas cosas malas y dolorosas? ¿Por qué permite que haya enfermedades, guerras, niños que sufren, catástrofes naturales?

a otros muchos, de santos conocidos y desconocidos- confirman la enseñanza citada de san Pablo en la *Carta a los Romanos*, a la vez que nos llaman a avivar la fe:

Catalina de Siena dice a «los que se escandalizan y se rebelan por lo que les sucede»: «Todo procede del amor, todo está ordenado a la salvación del hombre, Dios no hace nada que no sea con este fin» (*Dialoghi*, 4, 138).

Tomás Moro, poco antes de su martirio en la Torre de Londres, consuela a su hija: «Nada puede pasarme que Dios no quiera. Y todo lo que Él quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor» (*Carta de prisión*).

Y Juliana de Norwich: «Yo comprendí, pues, por la gracia de Dios, que era preciso mantenerme firmemente en la fe [...] y creer con no menos firmeza que todas las cosas serán para bien [...] Tú misma verás que todas las cosas serán para bien» («Thou shalt see thyself that all manner of thing shall be well»: *Revelation* 13, 32).■

Para saber más:

Catecismo de la Iglesia Católica,
309-314, 385, 401, 403, 407, 412 1607, 1707

Tomás Trigo